

El aumento de la conectividad y la vulnerabilidad para menores y mayores.

Francisco Bernete

UCM

Los adultos con frecuencia protegen y orientan a los menores que están a su cargo; velan por su seguridad, su bienestar y su formación en los entornos físicos donde se mueven asumiendo ciertos riesgos. Lo novedoso es que, a los espacios rurales y urbanos se han unido otros espacios, no delimitables como lugares, pero no menos trascendentes para la vida y la sociedad humanas. Son espacios constituidos por conductos por donde circula información útil e inútil, verdadera y falsa, constructora y destructora de visiones del mundo, identidades sociales, formas de vida. El resultado de esa ampliación del universo vital es un mundo más complejo y cambiante.

Los progenitores y educadores, generalmente, quieren ofrecer a los menores un mundo estable y unas pautas para desenvolverse en él. Pero de hecho, la ingente cantidad de información que circula por ese “espacio de los flujos” (Castell, 1995) no está proporcionando más seguridad, sino más incertidumbre. Ahora que se dispone de mejores medios técnicos para tener un conocimiento más completo del mundo, es cuando se vive en un entorno de riesgos más inciertos. Pero, no sólo los menores; así es como viven también los padres y abuelos de los niños y adolescentes actuales. Somos adultos que conformamos una sociedad sin estabilidad, sin reglas asumidas por todos, sin confianza en el devenir, sin saber a qué apostar (¿será mejor estudiar o no?, ¿estudiar una cosa u otra?, ¿estar muy o poco conectados?). De algún modo, esta inestabilidad e incertidumbre está afectando a todos los segmentos de edad, incluidos aquellos que ya se retiraron del mundo laboral y se veían a sí mismos en una “tercera edad” confortablemente instalados.

El retraso de la estabilidad económica (cada vez más lejana y más improbable), la postergación de la independencia habitacional respecto de los padres y abuelos y, en suma, la prolongación de la adolescencia (los psicólogos se refieren a adolescentes de 40 años como los principales clientes de sus consultas) están afectando de rebote a todas las edades. Afectación que no es sólo económica, es existencial en su conjunto: está transformándose la vida en el plano de la situación material, pero también en el plano de los principios o valores. Se están produciendo muchos desajustes y con tal rapidez que dificultan el funcionamiento de la organización social y política de la que nos dotamos para organizar la convivencia y reduce la eficacia de las instituciones para encauzar los problemas. Por ejemplo, el ritmo con el que actúan los sistemas judiciales o los parlamentos tiene poco que ver con el ritmo al que fluye la información (apuntes contables, compras y ventas de acciones, etc.) entre ciertos agentes sociales cuyos intercambios pueden ser tan determinantes en la vida de millones de personas.

Las Tecnologías de la Información y la Comunicación (en adelante, TIC) han hecho posible muchos de los cambios que estamos experimentando en el trabajo, el estudio, el ocio, etc. Han contribuido a dejar obsoletas miles de prácticas que hasta hace poco eran habituales en todos los sectores que sirven a la producción y la reproducción social; y naturalmente, los objetos que eran útiles para tales prácticas. Las TIC han cambiado nuestras formas de hacer, pero también nuestras formas de relacionarnos; nuestras metas vitales y los procedimientos para alcanzarlas; nuestros vicios y virtudes. Nos vamos dando cuenta de estas transformaciones en el modo de vivir propio y ajeno, pero no controlamos ni su implantación, ni su ritmo, ni sus efectos. Eso sí, nos inquieta no controlar su efecto sobre los menores, seguramente por temor a

que una falta de control por nuestra parte abra la puerta a un control por parte de otros, no siempre bien intencionados.

En efecto, queremos saber en qué sitios web se meten nuestros adolescentes y en qué prácticas de riesgo incurren. “Como en la vida real”, o “como en la vida misma”, que dicen algunos especialistas cuando dan charlas a los padres sobre este asunto. El conferenciante suele advertir a los padres y madres que, así como procuran saber con quiénes salen los hijos, adónde van, qué hacen y qué les puede pasar en cada situación “de la vida real”, deben informarse de qué hacen en Internet sin salir de su habitación porque puede tener consecuencias en la vida real aún sin salir de casa. Este enfoque plantea el uso de las TIC, en general, y de Internet, en particular, como una extensión novedosa de la vida real, punto de vista habitual de quienes han crecido en un mundo mucho menos conectado que el actual. Pero, de hecho, las interacciones que tienen lugar en Internet no forman parte de un mundo distinto del “mundo real”, ni son vistas por los jóvenes como una extensión, sino como parte integrada en un solo mundo que se han encontrado así, por más incomprensible, inmanejable o extraño que parezca a sus mayores.

Los padres, profesores, abuelos de quienes ahora son adolescentes también se han convertido a su modo en usuarios de ordenadores, Internet y sus redes. Han ido incorporando modos de interactuar (comunicarse, comprar, vender, jugar, etc.) que han requerido cierto esfuerzo de aprendizaje y su conocimiento de estos medios de relación varían en función del nivel de estudios, la clase social, el habitat, etc. En consecuencia, una parte de estos “mayores” pueden enseñar durante algún tiempo a los menores de su entorno el manejo de los dispositivos tecnológicos; darles a conocer algunos riesgos que conlleva su uso; tomar medidas respecto a las horas de uso o al lugar de la casa donde se coloca el ordenador; incluso, instalar “controles parentales” vía software o seguirles la pista en Tuenti. Cabe pensar que lo hace una minoría de adultos. Otros muchos más bien necesitan ser enseñados por los hijos, pues son ellos quienes mejor conocen las posibilidades de cada instrumento de comunicación. La mayor parte de los progenitores no controla las conversaciones de sus vástagos con otros, ni saben quiénes son esos otros, con los que los suyos interactúan. Menos aún si lo hacen, como ocurre últimamente, con los móviles y no con los ordenadores del hogar familiar.

Ahora bien, que no sea posible un control absoluto sobre las actividades de los menores, no significa que los medios técnicos a los que nos referimos deterioren las relaciones paterno-filiales, o disminuyan los contactos entre amigos en el espacio físico. Ni siquiera el aumento de los riesgos, la incertidumbre o la inestabilidad del sistema social es atribuible a las TIC. Significa que las TIC son recursos con los cuales se abren puertas al mundo real y de ficción; a espacios propios para las relaciones grupales; a espacios ajenos, en tanto que son accesibles. Recursos que se han convertido en necesarios para el trabajo, el estudio o las relaciones personales, a la vez que arriesgados para la seguridad personal o grupal; porque, como sucede con otros medios, se ponen al servicio de fines diversos, en un mundo complejo, donde no han desaparecido la explotación y el dominio de unos sobre otros.

En resumen, todo indica que participar de lo que Manuel Castells llamó *el espacio de los flujos* nos sirve para estar más informados o al menos más conectados; y al tiempo, nos hace más vulnerables, pero a todos los usuarios, no sólo a los menores.

Referencia bibliográfica:

CASTELL, Manuel (1995): *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza editorial.